

Albailda

La verdad sobre la batalla de Clavijo

Prólogo

Cuenta la leyenda, que en la madrugada del 23 de mayo del 844, año del Señor, el rey Ramiro I de Asturias, refugiado en el collado de Clavijo tras haber sido derrotado ante Musa ibn Musa el día anterior, rezaba en las laderas del Monte Laturce. Angustiado por su inminente aniquilación, pensaba en los buenos hombres que en las próximas horas entregarían su vida por Asturias. Cuando más afligido estaba, una luz le cegó. Con dificultad, tras adaptarse sus ojos, logró ver que aquella luminosidad provenía de una figura. No consiguió saber quién era hasta que aquella imagen luminosa habló:

—Soy el apóstol Santiago.

La incredulidad invadió su espíritu hasta que volvió a oír la dulce voz.

—Cuando amanezca te enfrentarás a Musa ibn Musa sin miedo. No temas, yo te ayudaré.

Animado con estas palabras alentó de inmediato a su ejército. Impaciente, esperó al amanecer para enfrentarse a su enemigo. El lugar elegido para la batalla se llamó desde entonces Campo de la Matanza. Con las primeras luces los dos ejércitos se enfrentaron con valor. En mitad de la batalla, cuando los cristianos estaban acorralados, se apareció Santiago, montado a caballo, luchando a su lado como le había prometido unas horas antes. En su mano, una espada roja en forma de cruz destrozaba a los enemigos, ayudando a los hombres de Ramiro I hasta la completa victoria. Aquella espada roja en forma de cruz se convertiría en la insignia de los cristianos, que al grito de «Santiago y cierra España» lucharían el resto de la Reconquista.

Como he dicho, es una bonita leyenda, pero nada más. Ni Ramiro I luchó contra Musa ibn Musa en el llamado Campo de la Matanza, en el collado de Clavijo, ni el 23 de mayo tuvo lugar allí ninguna batalla. Por supuesto, tampoco se apareció el apóstol Santiago.

La razón de esta invención fue el encumbrar a Santiago como patrón de España en detrimento del que había sido hasta entonces su auténtico patrón, san Millán. Fue en el siglo XII, trescientos años después, cuando necesitados por elevar a la sede compostelana y ascender a Santiago como patrón de España para obtener los favores económicos de la corona, que no eran pocos, se perpetró tal patraña. Para ello fue necesario crear el **Voto de Santiago**, con lo que ello conllevaba: devociones, pago de impuestos, donaciones y prebendas a la sede compostelana. Cada año se ofrecerían a la iglesia de Santiago las primeras cosechas y vendimias, y, como un caballero más, Santiago recibiría su parte correspondiente del botín que se tomara a los moros. En cuanto al pueblo, todos los campesinos del reino, desde Galicia hasta la actual Rioja, deberían pagar un diezmo especial de cereal al arzobispado de Santiago de Compostela. Esto, respecto a lo material. En lo tocante a lo espiritual, Santiago quedaba convertido en **santo patrón** de España, patronazgo que conserva hasta nuestros días.

Para obtener tan suculento beneficio, necesitaban reinventarse una batalla importante de la antigüedad, moldearla y presentarla en público. Parece ser que el encargado de tal patraña fue el canónigo de Compostela llamado Pedro Marcio, bajo la protección del arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada.

Según él mismo nos indica, copió de su puño y letra el documento original del privilegio, otorgado por el rey Ramiro I de Asturias el 25 de mayo de 844, en la ciudad de Calahorra, en el que instituía el llamado **Voto de Santiago**, como agradecimiento por la victoria obtenida dos días antes en la batalla de Clavijo.

Y yo me pregunto, ¿cómo fue posible, si hasta el 30 de abril de 1045 no le fue arrebatada a los musulmanes? Fue García Sánchez III, rey de Nájera-Pamplona, quien ese día la incorporó a su reino, antecesor del de Navarra. Luego, dudo mucho que doscientos y un año antes, el emir de Córdoba Abd al-Rahman II permitiera a Ramiro I firmar su **Voto de Santiago** en aquella ciudad bajo su poder.

Naturalmente nadie, aparte del tal canónigo Pedro Marcio, había visto aquel documento, y nadie lo ha visto jamás, ya que el documento original, por razones obvias, no existía, además de que había sido convenientemente extraviado en el año 1543. Así empezó la manipulación de la leyenda.

¿Qué razones tenía Pedro Marcio, canónigo de Compostela, para inventarse tal batalla? Muy sencillo.

En la Alta Edad Media, era costumbre que los reyes agradecieran a Dios, mediante sustanciosas donaciones a conventos, abadías o sedes episcopales, la ayuda recibida en sus campañas. No es de extrañar que en algún momento, por alguna batalla o acción indeterminada, se hiciera alguna donación a la sede compostelana. Sin embargo, es muy posible también, que para seguir cobrando dichas rentas se requiriese presentar prueba escrita que diera motivo a tales ofrendas, no siempre registradas. Esa es la razón por la cual, los canónigos de Santiago, obligados por las circunstancias, se vieran forzados en un momento dado, a presentar un justificante por el **Voto de Santiago**. Ahí es donde la figura del canónigo de Compostela Pedro Marcio entra en juego. Elabora un documento con datos, tomados, supuestamente, de diplomas de Ramiro I, con testigos y confirmantes que garanticen la veracidad de sus palabras. ¿Quién iba a dudar de la Iglesia en aquel momento? A partir de ese instante el diploma cobra vida propia y comienza su particular singladura, relegando a un segundo lugar al auténtico patrón, san Millán. Tanto es así, que en siglos posteriores se generan conflictos al negarse amplias zonas de Castilla a pagar el **Voto de Santiago**, puesto que ya pagaban el **Voto de san Millán**, su verdadero patrón. Como prueba, quedan hoy en día muchos pueblos cuyo patrón sigue siendo san Millán.

La verdad es que el canónigo de Compostela, Pedro Marcio, buscó una batalla muy importante de la antigüedad, y la encontró en la batalla de Albaida, ocurrida realmente en el verano del año 859, entre las tropas de Ordoño I, aliado con el rey de Pamplona, García Íñiguez, y su gran enemigo Musa ibn Musa, llamado el **Tercer rey de España**.

Esta batalla fue real y muy importante para los cristianos, pues extendieron sus fronteras casi hasta Tudela por el este y hasta Soria por el sur, asegurando la frontera

hasta el Duero y consolidando el Ebro medio y la comunicación entre Pamplona y el reino de Asturias por valle del Ebro. No obstante, aún tardarían otros sesenta años, hasta el 923, en acabar de conquistar los reductos árabes como Nájara, en el Ebro medio, pero fue un gran paso.

Esta historia narra en forma **novelada** los verdaderos acontecimientos ocurridos entre la primera batalla de Albailda, en el año 852, perdida por Ordoño I, y la decisiva, en la que se echa al árabe definitivamente de Albailda, en el 859, sin apariciones del apóstol Santiago, por supuesto.

Espero que os guste.

Capítulo primero

La decisión del Consejo

—¡No!, mi honor me impide seguir pagando el tributo —se escuchó decir, casi gritar, en el aula regia.

Quien así hablaba era el rey Ramiro I de Asturias, que se mantenía firme, con los puños cerrados, mientras observaba con ojos francos y limpios a los asistentes.

Reverberando entre las paredes vacías y la bóveda, el eco de aquellas palabras resonó en la estancia y llegó a los asistentes con la intensidad e importancia que ellas requerían y que Ramiro I necesitaba darles. La figura del rey se removía en el trono con decisión. Sus movimientos estaban medidos y calculados. Aquellas palabras habían sido pronunciadas con intención, necesitaba imprimirles ese énfasis y que fueran escuchadas por todos los allí presentes.

La escena transcurría en la sala del trono del palacio de Santa María del Naranco, situado a las afueras de Oviedo, capital del reino de Asturias, a mediados de enero del 850, año del Señor. Construido por el propio Ramiro I, a la sazón rey de Asturias y de León, el palacio de Santa María del Naranco había sido acabado sólo ocho años antes, y convertido desde entonces en su aula regia, lugar oficial donde recibía a sus nobles invitados o trataba los asuntos del reino, como era el caso. Carente de grandes vidrieras, el espectacular edificio de arte prerrománico, con las variantes propias del arte asturiano o ramirense, se mostraba tosco, aunque poderoso, a ojos del visitante. Su color ocre rivalizaba con el sol al atardecer, en la ladera del monte Naranco donde estaba enclavado. Sus dos plantas acrecentaban su poderío y magnificencia, como correspondía a la residencia del rey de Asturias.

El aula regia, situada en la planta primera, era una estancia rectangular ubicada en la parte central del palacio. Bajo un techo en forma de bóveda de medio cañón, apenas adornada, la sala rectangular contaba con dos ventanas de medio punto a cada lado, por las que la luz intentaba entrar, sin conseguirlo del todo, para iluminar la

estancia a través de las contraventanas de madera de roble, por lo que numerosos candelabros de bronce, con el escudo de Asturias labrado, colgaban de las paredes. En cada uno, unas velas enormes, casi como cirios pascuales, se erguían con orgullo hacia el techo ennegrecido por el humo de la frágil llama que se estremecía en el extremo. A un lado, la puerta majestuosa daba a una especie de balconada con tres arcos de medio punto, peraltados sobre capiteles sobriamente adornados, por donde la luz inundaba la galería. Justo a cada lado, otros dos arcos de la misma hechura completaban el conjunto. Tanta profusión de luz era necesaria, ya que era el balcón en el que el rey mostraba el lábaro o estandarte real a los ejércitos allí formados antes de ir a la batalla. Al otro lado, donde debiera estar situado el ábside de la iglesia de cualquier palacio real, se situaba el trono, delicadamente labrado en madera de roble y adornado con sobriedad con oro y plata. Sentado en él, el propio rey Ramiro I presidía el Consejo del Reino.

Sus vestimentas no eran ostentosas. Un tabardo de algodón blanco lo cubría desde el cuello hasta más abajo de las rodillas, dejando al descubierto una fina cota de malla. Sobre su pecho una vistosa cruz roja. Envolviendo el trono, un manto de seda rojo, y ciñendo sus sienes, la corona del reino. Sobre el trono la enseña del reino de Asturias, una cruz roja sobre la tela blanca.

Grandes bancadas de madera de castaño se pegaban a las paredes donde se sentaban los miembros de la realeza, no muy numerosos. Los infantes Ordoño, Rodrigo, y Gatón, a un lado, y el obispo de Oviedo con los magnates seculares, en el otro. Entre todos, apenas una docena. A ojos de los presentes, la figura del rey parecía envuelta en la enseña del reino de Asturias, no sin intención: tenía que dar a sus nobles allí presentes, la inequívoca idea de que Asturias era él.

—Es una humillación que no estoy dispuesto a sufrir —insistió el rey Ramiro I, mientras con el puño cerrado golpeaba con rabia el brazo del trono.

Sus movimientos un tanto lentos, pero no por ello menos enérgicos, mostraban la fuerza de un hombre que, aunque anciano, mostraba el orgullo y el honor de un rey de Asturias. La mayor parte de sus sesenta años los había pasado guerreando, los más con los árabes del emirato de Córdoba, sus enemigos principales, pero también con los cristianos, e incluso con los vikingos que unos años antes habían desembarcado en las

costas gallegas. Él mismo, para poder subir al trono, tuvo que pelear con Nepociano, un magante seglar de Asturias, que aprovechando el desplazamiento de Ramiro a Galicia para desposarse, le había usurpado el trono. Su reinado, apenas ocho años, tampoco había estado exento de rebeliones, como la de los condes Aldrito y Piniolo, que con sus siete hijos intentaron arrebatarse el trono. Su cara, curtida por el aire y el frío, mostraba las heridas del paso del tiempo, además de las de la guerra, escondiendo alguna cicatriz bajo la poblada barba. Ahora, enfermo y débil, presidía aquel Consejo del Reino.

—Pero, Majestad —replicó con prudencia una voz muy cercana.

Ramiro I giró la cabeza sin brusquedad hacia el lugar del que provenía aquella objeción. Sabía que era alguno de sus hijos. Y no se equivocaba, el que se había atrevido a replicar así era Ordoño, su heredero.

—Me niego a pagar ese ignominioso tributo —repitió con énfasis, sin darle opción a nada más—. No, no nos doblegaremos ante el Omeya —insistió.

—El emisario de Abd al-Rahman II está a punto de llegar —replicó con angustia Ordoño—. ¿Creéis que es prudente comunicárselo en persona?

Alto, con la melena rojiza, sus ojos avispados miraban obedientes a su padre.

—Me da igual... —insistió con firmeza Ramiro I. Sus ojos se crisparon un instante, antes de casi escupir con rabia—: Jamás tendremos mejor momento para dar a conocer nuestra intención a Abd al-Rahman II, señor de los Omeya —añadió con firmeza—. Bastante vergüenza he pasado en los dos últimos años al tener que pagar el tributo con las cien doncellas del reino, en vez del dinero que hasta ahora se pagaba. —Un silencio se hizo patente tras esas últimas palabras; después prosiguió—: Recordad el año pasado con las doncellas de la aldea de Sietmancas —dijo mirando de soslayo a la bancada de los magnates seglares—. Lo que nosotros no supimos hacer ellas lo hicieron. Su valentía es el acicate para mi decisión. Ellas tuvieron el arrojo de demostrarnos que el honor es lo primero.

—Sí, Majestad, pero no debemos olvidarnos de sus consecuencias —se escuchó con pesar.

El que así había hablado era don Pero, señor de la recién renombrada casa de Simancas. Alto, delgado, y con poblada barba, forjado en muchas batallas, se levantó para continuar:

—Majestad —exclamó con sobriedad—, Vos sabéis que por el azar de la suerte, a la antigua casa de Sietmancas le tocaba aportar a siete vírgenes para el tributo. La elección mediante sorteo entre las familias nobles y las de los siervos, se hizo como siempre. Las familias, pobres o ricas, lloraban y abrazaban a sus hijas el día en que tuvieron que partir hacia aquí para unirse a las demás hasta completar el número exigido de cien. Las mismas lágrimas de sufrimiento y pena rodaban por el rostro de los nobles, como por el de los siervos, humedeciendo las mejillas de sus padres, hermanos y amigos. Allí no había diferencia entre señores y siervos. Todos sufrían por igual, su Majestad, mientras veían cómo, lentamente, la caravana ponía dirección a Oviedo. Como testigo mudo, yo mismo sentí la emoción del momento, cuando me puse al frente de la comitiva, aunque sabía que debía cumplir con mi deber —por un momento la voz del señor de Simancas se hizo trémula, vacilante, al recordar aquellos acontecimientos—. Hubiera preferido mil veces entrar en batalla que dirigir aquel lamentable séquito. Pero ellas tuvieron el valor del que nosotros carecimos, Majestad... —dijo mientras miraba al resto de los allí presentes—. Ellas se sacrificaron cortándose la mano izquierda al llegar a Córdoba. Así, con sus muñones ensangrentados y con los rostros desfigurados por el dolor y la sangre, se presentaron ante el emir de los Omeya, Abd al-Rahman II, para mostrar que ellas no eran esclavas de nadie, y que preferían desfigurarse y morir que servir a los Omeya —exclamó elevando la voz con orgullo.

—Lo sabemos, don Pero —exclamó con tristeza Ramiro I—. Y también conocemos la respuesta de Abd al-Rahman II: «Si mancas me las dais, mancas no las quiero», por lo que concedí el honor de cambiar el nombre a tus dominios de Sietmancas a Simancas.

—Pero, Majestad —interrumpió Ordoño, su hijo—, ya sabéis que ese valeroso acto de honor nos costó cientos de vidas y de esclavos, incluso el retroceso de la frontera en el Ebro medio, donde perdimos varias fortalezas.

—Sí, Ordoño, sí, soy consciente de ello... —replicó a su hijo—. Ya sé las aceifas que hizo desde las fortalezas de Albailda y Nájara contra nuestras tierras del Ebro. Pero en estos momentos todos debemos sacrificarnos, debemos mantenernos juntos y demostrar al emir de los Omeya que el reino de Asturias no se doblega ante un infiel, que nos mantendremos con la cabeza bien alta ante Abd al-Rahman II —acabó diciendo.

Un murmullo de aprobación se escuchó en el aula regia.

—Entonces, estaréis de acuerdo conmigo. Cuando venga el emisario de Abd al-Rahman II, el Omeya, y su séquito, la respuesta que recibirá será esta: ¡No al tributo! —exclamó Ramiro I aprovechando el pequeño momento de euforia.

—Su Majestad, ¿puedo hablaros?

El que así había hablado era otra vez su hijo y heredero, Ordoño.

—Hablad sin miedo —exclamó con orgullo el rey—, todos los que aquí estamos representamos los mismos intereses, los del reino de Asturias.

—Lo sé, por eso quiero que se me escuche como lo que soy, y no como a un cobarde, que todos saben que no lo soy —exclamó mirando a todos los asistentes.

—Hablad, no debéis preocuparos por eso —interrumpió el rey.

—Todos sabéis que esto significa la guerra —dijo con voz sonora y transcendental, mientras los miraba fijamente a los ojos—. Todos sabéis sus consecuencias, ya que habéis combatido en numerosas batallas. ¿Estamos dispuestos a ser consecuentes con la decisión y preparados para una nueva ofensiva?

Un murmullo, no por eso inesperado, inundó el aula regia.

—Pero no podemos olvidar el ejemplo que nos dieron las siete doncellas de Simancas, ni perdonar las ofensas del Omeya —comentó don Pero interrumpiendo con fuerza el susurro.

—Sin olvidar la afrenta de esos infieles a Dios nuestro Señor —comentó en voz alta Serrano I, a la sazón obispo de Oviedo.

—Todos sabéis... —interrumpió Ordoño—, que yo soy el primero en salvaguardar el honor de Asturias y de sus gentes, pero quiero que la decisión que se tome hoy aquí sea consecuente con el deseo de todos y con nuestro deber para con Asturias.

El mutismo se apoderó del no. Todos conocían a Ordoño, heredero al trono de Asturias. Parco en palabras, pero sensato como ninguno, y consecuente con sus actos. Con sus palabras quería confirmar que ninguno de los allí presentes pudiera quejarse más tarde de las consecuencias de aquella decisión, ya que la guerra costaría dinero y perder numerosas vidas.

—Tenéis razón —contestó Ramiro I resquebrajando el silencio—. Además, tenemos el sagrado deber de defender a Asturias y a sus gentes contra el invasor —un rumor de aprobación inundó el aula regia—. Abd al-Rahman II cree que es el mejor momento para atacarnos... —interrumpió el rey Ramiro I elevando la voz—, porque estoy enfermo y me cree débil. Por eso volvió a pedirme el tributo hace dos años, pero tras el ejemplo de las doncellas el año pasado, el que yo esté enfermo y débil no quiere decir que Asturias lo esté. Si quiere guerra, la tendrá —sentenció.

Aquello sí que elevó los ánimos de los allí presentes, que comenzaron a proferir una serie de vítores al rey y a Asturias.

—¡Viva el Rey! —gritaban unos—. ¡Viva Asturias! —vociferaban otros—. ¡Alabado sea el Señor y Dios bendiga a Asturias! —gritó el obispo Serrano I.

Corría el año del Señor 850, el invierno estaba siendo más duro que de costumbre y la nieve y el hielo cubrían la ladera del monte Naranco, donde estaba situado el palacio Santa María del Naranco, y los campos aledaños. El rey Ramiro I, enfermo como estaba, presidía aquel día de mediados de enero el Concejo del reino en el que estaban sus hijos, con Ordoño al frente, y varios nobles, como el propio don Pero de la casa Simancas y don Alvar de la casa Miranda, que había sido su aliado en la batalla del puente de Cornellana, contra Nepociano, para restituirle el trono. Una suave sonrisa apareció en su rostro al recordar aquella cruzada. El rey Alfonso II, al morir sin descendencia, había dejado un hueco que con la ayuda de varios nobles, Nepomuceno intentó ocupar. Sólo la determinación de algunos magnates, como don Alvar, le puso en

el trono. «Muchos hombres buenos dejaron aquel día su vida en el Narcea», pensó con tristeza, «para poner en el trono a su legítimo rey».

Junto a él estaba el conde de Oviedo, quien, tras la rebelión de los condes Aldrito y Piniolo, que se alzaron en armas contra el propio Ramiro I, movilizó a su ejército, y al frente de sus hombres los derrotó y se los trajo a la corte, donde, según la ley en vigor, el conde Aldrito fue cegado y encerrado de por vida y el conde Piniolo, ejecutado junto a sus siete hijos.

Tras recordar ese funesto hecho de la historia reciente, los observó en silencio pero con una alegría contenida. Allí estaban sus nobles más leales apoyándole, como habían hecho siempre. En su corazón ardía la llama del agradecimiento. Precisamente ahora, en aquellos momentos, qué bien sabía él que Dios estaba impaciente por recoger su alma.

Recordó con alegría a los condes Scipion y Sonna, los mismos que ocho años antes, al conocer que él, al frente de un ejército formado en Galicia, intentaba recuperar su legítimo trono, se negaron a luchar a favor del usurpador Nepociano, yendo a defender a su legítimo rey Ramiro. Sus ojos se humedecieron al recordar el día de la batalla.

Era muy de mañana, la lluvia había cesado dos horas antes del amanecer. Nepociano y sus tropas, compuestas de nobles astures y vascones, estaban acampados a las afueras de Cornellana. Al rayar el día, di la orden de avanzar y llegamos al puente, donde nos salieron al paso los hombres de Nepociano. La contienda fue terrible. En los primeros momentos de la batalla muchos hombres murieron en ambos bandos. Las fuerzas estaban frescas y destripaban al contrario con energía o le rajaban el cuello de un solo tajo. Manos aferradas a sus armas, todavía sangrantes, salpicaban el suelo sin brazo al que servir. Las lanzas volaban por encima del campo de batalla atravesando tanto pechos como cabezas, sin respetar hombres ni bestias. Las flechas parecían bandas de cuervos que caían sobre los ellos. Los yelmos saltaban por los aires, y los lamentos de los heridos se mezclaban con los gritos embravecidos de los soldados en plena contienda. Poco duró el brío de los hombres de Nepociano, pues al verme al frente

de mis huestes, la mayoría abandonaba poco a poco la lucha. Al darse cuenta de ese hecho, Nepociano intentó huir con sus más leales.

Scipion y Sonna, que se habían dado cuenta de la huida, cruzaron con ímpetu el Narcea, lo persiguieron y lo capturaron en Primorias. Siguiendo mis órdenes, y con la ley en la mano, lo cegaron y lo encerraron en un convento de por vida.

Dos huecos más allá, entre los magnates reales, estaban el conde de Arias y el conde de Oviedo, cuyos nobles antepasados asesinaron, en el año 788, al rey Maureagato, por no estar de acuerdo con ese mismo tributo que hoy estaban tratando.

Este rey Maureagato había sido el origen del problema tratado ese día en el Consejo. Deseoso de destronar a su rey Alfonso II el Casto, se alió con algunos nobles y con el emir de Córdoba Abd al-Rahman I, y en el año 783 destronó a Alfonso II, haciéndole huir y refugiarse en las tierras medias del Ebro. Abd al-Rahman I se aprovechó de la debilidad de Maureagato y le obligó a firmar el tributo de las cien doncellas, por el que cada año debían enviar a Córdoba cincuenta doncellas de casta noble para sus siervos de alta alcurnia en la corte y otras cincuenta de casta pobre para servir en el palacio como esclavas. Durante cinco años habían cumplido con el tributo, pero en el año 788, los abuelos de los condes Oviedo y Arias, allí presentes, opuestos como estaban al ignominioso tributo de las cien doncellas, se vengaron asesinando a Maureagato y enterrándolo en la Iglesia de San Juan, en Santianes de Pravia, bajo una lápida lisa con una sola inscripción: *Hic iacet in Pravia qui pravus fuittema*, «Aquí yace en Pravia el que fue depravado».

—Qué recuerdos, qué vivencias, ahora que mi vida llega a su fin —rumió.